

vencido de que la justicia estaba de su parte, pero para evitar que se interrumpiese la armonía con el emperador de los franceses, daba por el paquete orden al Sr. Hidalgo, su ministro en Paris, de que participase que en lo sucesivo se reconocería un interés á los créditos sujetos á revision."

En la misma época llegaban al cuartel general las noticias de la pacificación de las provincias centrales, obtenida por nuestras tropas. La situación militar de los lugares cruzados por el ejército franco-mexicano, parecía excelente. Al Norte, el general de Castagny, á la cabeza de una división francesa; el general Mejía con su división mexicana, y la contraguerrilla francesa, avanzaban paralelamente sobre una extensión de 150 leguas, marchando de frente y arrojando al enemigo hasta la frontera de los Estados-Unidos. Por otro lado, el general Douay, de acuerdo con Márquez, había realizado de una manera brillante su plan de campaña ocupando hasta Colima, capital del Estado de su nombre, y el coronel de Pothier, persiguiendo al ejército de Arteaga, lo había hecho huir hasta el otro lado del Rio-Grande. Por todas partes caían en poder de los franceses el material de guerra y los cañones arrojados á las barrancas, y nuestra flota apoyaba con éxito estas operaciones, efectuando desembarcos en ambas costas del golfo y del Océano. Pero cuando las tropas mexicanas estaban solas, eran ya menos felices. El general Vicario, que ocupaba el camino del Sur al Pacífico, se vió obligado á batirse en retirada, aunque hacia veinte días le había prevenido el general en jefe que el movimiento del general Douay, que operaba á su derecha, debía arrojar infaliblemente sobre él una parte de las fuerzas enemigas. Para proteger la ciudad de Cuernavaca, descubierta por una derrota de los imperialistas, y con el objeto de reanimar aquel país desmoralizado, el mariscal Bazaine se apresuró á enviar una columna á los lugares mas comprometidos.

V.

Al principio del año de 1865, el comandante francés había cumplido plenamente la tarea que confió á su celo y á su actividad el emperador de México, desde su llegada, (29 de Mayo de 1864.) El país estaba tranquilo y la calma renacía. El ejército nacional estaba reorganizado bajo las bases que había proyectado cada uno de nuestros gefes, según la especialidad de su arma, después de estudiarlas y proponerlas. El territorio había sido dividido en nueve divisiones militares, con estados mayores constituidos y funcionando regularmente. Todos los documentos relativos habían sido depositados en las manos del emperador. Además, un registro del personal administrativo y político, concienzudamente establecido por los gefes de nuestras columnas, permitía tener datos ciertos acerca de los individuos llamados algun día á tener un papel en los diferentes ramos de servicio público. El 26 de Enero el emperador firmaba la ley orgánica del ejército, y dos meses después, dado ya el impulso por los oficiales franceses, se descargaba de su comisión á nuestro cuartel general por medio de una carta concebida en los términos mas simpáticos.

México, 26 de Marzo de 1865.

“Mi querido mariscal:

“El 7 de Julio del año próximo pasado, confié á vuestra alta é inteligente discrecion, el encargo de elaborar un proyecto de organizacion del ejército mexicano. Los trabajos que V. E. me ha dirigido sucesivamente, me han proporcionado documentos muy útiles para la ley orgánica del ejército, que he firmado el dia 26 de Enero del presente año.

“Doy gracias á V. E. por la bondadosa cooperacion que me ha prestado en esta vez, y por los nuevos servicios que ha hecho á mi país con su cooperacion en esta obra.

“La comision y sub-comisiones que V. E. presidia, quedan disueltas, y el ministerio de Guerra recientemente reorganizado, podrá, por medio de los reglamentos puestos en vigor, tratar las cuestiones que aun queden por resolver.

“Vuestro adicto.

MAXIMILIANO.”

En lo sucesivo, el ministerio de la Guerra debia tratar directamente las cuestiones pendientes. Maximiliano, que habia creído á su consejo capaz de dirigir los negocios que solo por disminuir la autoridad francesa se habian esforzado los ministros en concentrarlos en sus manos, no tardó en convencerse que volvia á entrar el desórden en los ramos de guerra. Las mas graves operaciones estaban comprometidas. Los contingentes designados para marchar sobre Oaxaca, no se habian movido de sus cuarteles en México.

Es necesario recordar aquí, que el mariscal Bazaine, gracias á un sitio enérgicamente dispuesto, acababa de encerrar en la ciudad de Oaxaca, y de hacer capitular en ella, al general juarista Porfirio Diaz con su ejército. Este gefe liberal, que habia sostenido con tanto valor su causa con las

armas en la mano, tenia derecho á ser tratado como prisionero de guerra, y con todas las consideraciones debidas á los vencidos. Al afirmar el mariscal Forey en el Senado, que debia ser fusilado Diaz, cometia un error. Porfirio Diaz, como gefe regular de un Estado, cuya capital tenia el deber de defender, puesto que su territorio jamás habia sido pisado por el ejército francés ó imperialista, merecia únicamente ser internado reduciéndolo á prision rigurosa; cuando mas, se le debia haber desterrado de una manera provisoria á las Antillas. Estas medidas violentas, que no distinguen siquiera el carácter de un enemigo, son las que provocan terribles represalias.

Porfirio, conducido como prisionero á Puebla por el ejército francés, fué encerrado en el fuerte de Guadalupe, de donde era imposible que se evadiera. Por órden del emperador fué entregado á los austriacos, y llevado á la ciudad, de donde se evadió. Porfirio, fiel á Juarez, volvió á la lucha, y derrocó mas tarde el trono imperial. Pero es preciso decir, que despues de las batallas de Miahuatlan y la Carbonera, trató convenientemente á los prisioneros franceses, y facilitó el cange de los austriacos, que habian caído en sus manos cuando volvió á ocupar á Oaxaca. Todo hace sospechar que el mismo emperador, arrastrado por un sentimiento generoso, aunque imprudente, habia mandado que se facilitase su evasion.

Pronto se advirtió que el ministro de la Guerra disponia movimientos de tropas, daba órdenes directas á sus generales sin consultar ni avisar al cuartel general francés, y suprimia tácitamente los destacamentos situados en el camino de México á Veracruz para mantener libres las comunicaciones, dejando así que los bandidos aparecieran en esa vía sin ser molestados.

Pasado un mes desde que los mexicanos tenian la direccion militar, se desengañó el emperador, y tomó el partido

de confiar á mejores manos la vigilancia de su ejército. Se puso á su disposicion un general francés: pero fué separado por la influencia de M. Eloin. El 5 de Mayo de 1865, se decidió el emperador á investir con el mando al general austriaco conde de Thun. Esto acaeció durante su permanencia en la hacienda de Jalapilla. Allí determinó él mismo el plan de una nueva organizacion militar, llamando á Puebla, para formar una brigada, una parte de las tropas estacionadas en Toluca, Ario, Morelia y México. Con ese motivo escribió al mariscal lo siguiente:

"Hacienda de Jalapilla, 5 de Mayo de 1865.

"Mi querido mariscal.

"Participando de la opinion de V. E. de que es necesario continuar activamente la organizacion del ejército, y no habiendo encontrado un general francés ó mexicano que hubiese querido ó podido encargarse de ello, me he decidido á confiarlo al general conde de Thun.

"La primera disposicion que hay que tomar, es reunir las fuerzas necesarias para formar una brigada. Invito á V. E. que dé sus órdenes á fin de que los cuerpos siguientes se dirijan á Puebla, lugar que designo para la organizacion.

"El batallon del Emperador situado en Toluca.

"El tercer batallon de línea situado en Ario.

"La compañía de ingenieros situada en Ario.

"Los restos de los batallones situados en Jalapa y en Morelia.

"El regimiento de caballería de la Emperatriz, reuniendo sus diversos destacamentos que se encuentran en distintos lugares.

"He escojido estas tropas por ser en estos momentos las menos necesarias en los puntos que ocupan.

"A causa de las impresiones de mi viaje, y al ocuparme formalmente de los negocios militares, insisto en que es necesario dar una organizacion buena y rápida á la gendarmería.

"Necesitamos ante todo un buen gefe que conozca á fondo la admirable organizacion de vuestra gendarmería, y un pequeño cuadro de oficiales y sargentos que puedan secundar á su gefe en esta organizacion tan difícil y tan nueva en este país.

"Creo que se deberia comenzar por formar una fuerza poco numerosa, que ocupara la capital y sus alrededores, y que sirviera de núcleo para una organizacion progresiva.

MAXIMILIANO."

Esta carta del 5 de Mayo, en la cual daba Maximiliano la órden de desguarnecer la ciudad de Morelia y sus alrededores, demuestra que el soberano obraba espontáneamente, y que el mariscal, como gefe de su ejército, no era independiente.

Además, combate victoriosamente una esposicion militar emanada de Maximiliano, y reproducida en una publicacion reciente intitulada: "*La Corte de Roma y el Emperador Maximiliano,*" que acaba Su Santidad de condenar, como poco digna de fé.

"La ciudad de Morelia está rodeada de enemigos, dicen estas notas imperiales. el punto mas urgente es asegurar estas grandes poblaciones. Se ha arruinado el tesoro público; el pobre país debe pagar las tropas francesas."

Se hace penoso esplicarse esta manera de juzgar la situacion del país. El ejército francés, lo mismo que toda nuestra marina, pueden atestiguar que precisamente en aquella época, estaban ocupadas las principales ciudades de los Estados, y los principales puertos de México. No sabemos

que haya cedido alguna vez el puesto á los liberales vencedores. Solo Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre, se habia confiado á tropas mexicanas, porque por sus cuatro flancos estaba cubierta por un cordón de plazas fortificadas y defendidas por nosotros, lo que servia de barrera á las incursiones del enemigo. Por otra parte, Oaxaca acababa de sucumbir en el magnífico sitio que habia dirigido personalmente el mariscal Bazaine.

En cuanto á que el tesoro se arruinaba con el sueldo de nuestras tropas, el infortunado soberano no podia quejarse de las sumas que la Francia costaba á México, puesto que al ceñir la corona que tan imprudentemente habia aceptado, firmó libremente el artículo 10º del tratado de Miramar, en el cual se estipulaba que el gasto anual de cada soldado francés, seria de mil francos á cargo de México. En cuanto á los gastos impuestos á la corona, que hubo que hacer por los trasportes y trenes de nuestras columnas, solo subieron, segun nuestras cifras oficiales, á nueve millones de francos.

Pero digamos la verdad. Esas notas imperiales, destinadas á algunas publicaciones de Europa, eran redactadas en secreto en el gabinete imperial, con la intencion de que, dando un informe muy sombrío de la situacion, ejerciesen una presión indirecta sobre la opinion pública y sobre el gabinete francés, el cual estaba inclinado á disminuir brusca-mente su efectivo militar, como lo probaron mas tarde los acontecimientos.

Es necesario observar que estas modificaciones militares, prescritas por Maximiliano y repetidas frecuentemente, al distribuir las fuerzas, no podian dar solidez á las tropas, trayendo los inconvenientes de ser estas mandadas por gefes siempre nuevos. Además, era una falta la mezcla de los contingentes austro-belgas con las tropas nacionales que los veian con desconfianza, porque hacian recordar el origen extranjero del soberano. Maximiliano cometió el error de

crear independiente del ministerio de la Guerra, un gabinete militar, institucion que habia importado de su país, que comprendia esclusivamente las tropas austro-belgas, y que se administraba directamente. Estas innovaciones tendian nada menos que á debilitar la unidad del mando, y á quitar al mariscal, que era el único general en jefe en virtud del art. 6º del tratado de Miramar, [artículo que el emperador tuvo necesidad de evocar mas tarde] una parte de la autoridad tan necesaria á la rapidez de la ejecucion en un país tan vasto, tan dividido y tan agitado como México. En la misma fecha, Maximiliano concibió la feliz idea de organizar un cuerpo de gendarmería, destinado á ocupar la capital y sus alrededores, y á estenderse progresivamente á las otras divisiones militares. Para su formacion, llamó oficiales y sargentos del cuerpo expedicionario, los cuales correspondieron á la invitacion. Un teniente coronel francés recibió el mando; pero á causa de nuevas intrigas, este oficial no tardó en cederlo al coronel holandés Tindal, llamado á este puesto por voluntad espresa del soberano.

El general de Thiin, investido de una alta confianza, trató pronto de independerse de la direccion francesa. Esas tendencias por otra parte eran inevitables, si se atiende á las susceptibilidades nacionales puestas en juego. Además, es preciso reconocer que ese puesto ofrecia grandes dificultades, porque el general austriaco no era secundado por sus subordinados en la gerarquía ministerial, y los oficiales mexicanos enervaban su buena voluntad con su fuerza de inercia.

Si Maximiliano cometió faltas á causa de su indecision, por la versatilidad de su espíritu, y por desconocer el carácter mexicano, la historia imparcial dirá que su imprudente ambicion habia aceptado una tarea muy pesada, tan grave en el exterior como en el interior del imperio, y puede uno preguntarse si otro en su lugar habria sido mas hábil ó mas feliz que él.

Dos graves cuestiones que habia heredado el nuevo régimen forzosamente, gravitaban con todo su peso sobre la situacion interior de México. La primera era el arreglo de los bienes de manos muertas. La corte de Roma no habia querido declararse hasta entonces, y parecia tanto ménos dispuesta á hacerlo cuanto que el emperador habia repudiado al partido clerical, al cual debia su corona. Ese giro político habia desalentado al Papa para no hacer concesiones. Porque la Santa Sede habia tenido la esperanza, al ayudar á un archiduque austriaco á subir al antiguo trono español, de que volviesen á entrar aquellos países lejanos al giron de la Iglesia. Por otra parte los poseedores de los bienes del clero se mostraban impacientes de que se diera una solucion favorable á sus intereses, en cuyo origen de propiedad habia entrado el fraude en gran parte. Así es que empleaban todos los medios que estaban á su alcance á fin de apresurar el rompimiento del emperador con el Santo Padre. Los órganos de la prensa liberal, en Puebla sobre todo, levantaban con una violencia intempestiva una cuestion que exigia tantos miramientos, cuanto que se aguardaba al nuncio del Papa para abrir las negociaciones.

La segunda cuestion era la americana, que no presentaba ménos peligros. Los últimos acontecimientos de los Estados-Unidos y los movimientos amenazadores del general juarista Negrete en la frontera norte del imperio, constituian un peligro próximo para la corona. Se sabia que los partidarios de Juarez se movian con actividad, y solo aguardaban que cesasen las hostilidades entre el Norte y el Sur de América para crear dificultades á Maximiliano. Gracias á los manejos de Romero, el representante acreditado del Presidente de la República Mexicana, se habian abierto enganches públicos en las principales ciudades de la Union, y la prensa convocaba á los aventureros, exitándolos á pasar la frontera.

Entonces Maximiliano, con la esperanza de desarmar á los filibusteros y de hacer cesar los enganches voluntarios, concibió el proyecto, sin consultar al gefe francés, de conciliarse el apoyo, ó la neutralidad al ménos, del gabinete de Washington por una tentativa secreta. Con tal motivo, despachó á Arroyo con la mision de que hiciese indicaciones en ese sentido. Recuérdese qué recepcion se hizo al misterioso embajador, que fué cortesmente despedido por el gabinete republicano. En verdad causa admiracion que Maximiliano bajo esa influencia funesta haya podido ceder á semejante tentacion. El *statu quo* con su filibusterismo disfrazado no era cien veces preferible á una pérdida de influencia que no podia ménos que hacerse pública y hacer vacilar á los que hasta entonces ignoraban los verdaderos sentimientos de los Estados-Unidos? El Emperador de México habia olvidado muy pronto este importante documento diplomático, que no habia podido escapar á su examen, y cuya forma era tan inconveniente para el gabinete francés. El documento era el siguiente:

“M. Seward á M. Dayton, ministro de los Estados-Unidos en Paris.

“Washington, 7 de Abril de 1864.

“Señor: os envió copia de una resolucion *aprobada por unanimidad* en la cámara de representantes el 4 de este mes. Ella afirma la oposicion de *este cuerpo al reconocimiento de una monarquía en México.*

“.....No es preciso, despues de lo que con tanta franqueza os he escrito para conocimiento de la Francia, decir que esa resolucion traduce sinceramente el *sentimiento unánime del pueblo* de los Estados-Unidos respecto á México.

W. H. SEWARD.”

Así hablaban los federales en los momentos en que Richmond aclamaba las victorias del general Lee y cuando los confederados aparecían temibles á Lincoln. La cuestión de principio era puesta con claridad. Aun era tiempo de permanecer en los jardines de Miramar contemplando las animadas olas del Adriático! Algunas semanas después, en los momentos en que la familia imperial navegaba en las aguas de la Habana, la proa hacía Veracruz, no se cruzó en el mar con el navío americano que llevaba al representante americano llamado de México por su gobierno?

“M. Seward á M. Dayton.

“Washington, 21 de Mayo de 1864.

“Os participamos que M. Corwin, nuestro ministro plenipotenciario en México, está en la Habana, en camino para los Estados-Únidos, adonde viene con *autorización para ausentarse*.

W. H. SEWARD.”

Apesar de la intervención francesa, M. Corwin había permanecido en México: no salió de allí sino al llegar los nuevos soberanos. ¿Qué esperanza podía dejar semejante actitud, sobre todo después de la derrota que sufrieron los del Sur? La prudencia solo y la dignidad sobre todo, rechazaban toda tentativa de Arroyo dirigida á la Casa-Blanca.

El ejército francés había tomado ya todas sus medidas para rechazar los ataques de los filibusteros. El coronel Jeanningros fortificó desde luego la plaza de Monterey, y con fuertes construídos al rededor de Cadereyta cubría el territorio amenazado con fuerzas respetables, para el caso en que se hubiese intentado una invasión americana.

Mas arriba el general Brincourt vigilaba la parte superior del río, pronto á cualquiera eventualidad.

Por desgracia el general Cortina, que mandaba una parte de las tropas escalonadas sobre la parte baja del Río Bravo, y que era célebre por sus defecciones, se pronunció repentinamente contra el imperio, intentando entregar el importante puerto de Matamoros á Negrete, con quien se había puesto de acuerdo mediante una fuerte suma de dinero. ¿Qué ceguedad había impulsado á Maximiliano, apesar de avisos tan repetidos, á indultar seis meses ántes á Cortina, general de tropas irregulares, que estando bloqueado en Matamoros, sin esperanza de salida, se vió obligado á entregarse á discreción después de cometer mil exacciones? Mas aun, ¿por qué elevarlo el mismo día al grado de general del ejército, encargándolo de un mando activo en la frontera y en la misma ciudad adonde había impuesto tanto préstamo? Maximiliano había creído cometer con esto un acto de alta política y desarmar así con su clemencia á los demás disidentes? Luego que defeccionó Cortina, Negrete se arrojó sobre Matamoros, pero sus tropas tuvieron que desbandarse al desembarcar en Bagdad nuestra marina, que venia á socorrer á Mejía que defendía la plaza.

La señal de la insurrección estaba dada. El gobierno imperial había prescrito se confiase á una de sus brigadas el departamento de Tamaulipas, tan penosamente conquistado por la contra-guerrilla francesa. Dos meses después se había perdido otra vez esta provincia, y sucumbía también á los ataques de los rebeldes la capital de Nuevo-Leon, Monterey, que las autoridades mexicanas no habían puesto en estado de defensa apesar de las recomendaciones del cuartel general francés. En el mes de Mayo tuvo el mariscal que ordenar se tomase la ofensiva sobre todos los puntos invadidos y que se recobrasen prontamente.

Todas estas desmembraciones interiores habrían podido

aun remediarse, si la corte de México se hubiese atrevido á cortar el mal de raíz, es decir, ponerse al abrigo de los filibusteros haciendo de ellos súbditos y defensores; así habria desbaratado los manejos de M. Seward. Acababa de presentarse una oportunidad favorable á semejante tentativa. Al fin de Mayo de 1863, el general confederado Slaughter, comandante de Brownsville en la orilla opuesta á la de Matamoros, al saber los desastres del Sur, vaciló si rendiria sus armas ó pasaria la frontera mexicana con sus 25,000 partidarios, que parecian dispuestos á pedir auxilio al emperador, con la condicion de que se les dieran terrenos en los departamentos del Noroeste. Esta invasion de colonos, autorizada por el derecho internacional, era una buena fortuna para México; porque esos grupos coloniales, colocados de avanzada á lo largo del rio fronterizo, debian contener un dia la invasion de los yankees que tratasen de hacer una irrupcion por Tejas. Se principiaron negociaciones con este objeto; no habia tiempo que perder para ponerse en posicion de hacer frente á eventualidades amenazadoras. Se pudo enviar á Matamoros un comisario imperial facultado con poderes especiales, sin que en aquellos momentos se despertasen las susceptibilidades de los Estados del Norte, porque estos, deseando vencer á los separatistas, habrian visto con placer que el general Slaughter cesaba sus hostilidades, y Lincoln habria disimulado el paso de 25,000 confederados al territorio vecino, como súbditos mexicanos. El mariscal se apresuró á llamar la atencion de Maximiliano sobre esta cuestion de tan alta importancia para el porvenir de la monarquía, en la siguiente nota:

México, 29 de Mayo de 1865.

Señor.

“Los últimos acontecimientos sobrevenidos en los Estados-Unidos, y los movimientos del general Negrete sobre la

frontera del Norte del imperio, me imponen el deber de presentar á V. M. la situacion actual, como yo la comprendo, llamando la alta atencion del emperador, sobre ciertas eventualidades que, aunque no constituyen un riesgo inminente, son sin embargo de una alta importancia.

“Está hoy fuera de duda, que los agentes del partido juarista se mueven, y tratan de crear al imperio mexicano embarazos y dificultades que parecen hacer inevitables la suspension de las hostilidades entre el Norte y el Sur de los Estados-Unidos.

“Los enganches públicos abiertos en las ciudades principales de la Union, las exitativas que hace la prensa americana á los emigrados para marchar á México, prueban suabundantemente los manejos de un partido que trafica con la nacionalidad mexicana, y muestran que las simpatías del pueblo americano, cuyo espíritu aventurero desgraciadamente es bastante conocido, están á favor de este partido.

“V. M. nada tiene que temer por el momento; he tomado todas mis disposiciones para rechazar las bandas de filibusteros que intentaren invadir el Sur del imperio.

“La tentativa abortada del general Negrete, que no puede esplicarse sino por la esperanza de verse apoyado por esas bandas, no ha tenido resultado alguno. Solo ha servido para probar que la conversion de ciertos hombres, como Cortina, solo era ficticia, y el odioso papel representado por este, lo hace indigno para siempre de la clemencia de V. M.

“Tambien demuestra que la moral de algunos otros gefes no estaba á la altura de la confianza que se les dispensaba, y en fin, me ha hecho reconocer que mis órdenes respecto á fortificar las plazas ocupadas por tropas mexicanas, no se habian cumplido.

“Monterey ha sucumbido con sus defensores, porque no se habia seguido ninguna de mis instrucciones.

“La retirada de Negrete ante la resistencia que ha encon-

trado en Matamoros, y al saber el desembarque de tropas francesas en Bagdad, indica bastante la poca confianza que este gefe juarista tenia en sus tropas, y autoriza las suposiciones que he tenido el honor de emitir antes."

El mariscal enumeraba despues las órdenes que habia dado, detallando á S. M. los movimientos que hacia ejecutar á las tropas, los trabajos de que se ocupaba, y las medidas concertadas para recobrar la ciudad de Matamoros, conquistar de nuevo el Estado de Tamaulipas, y dispersar ó bloquear á los disidentes: despues abordaba la cuestion de los confederados:

"Tengo el honor de repetir á V. M. que todas mis disposiciones están tomadas para atender á las primeras eventualidades.

"Es posible que el general confederado Slaughter, que manda en Brownsville, al saber los desastres de su partido y la captura por los federales del presidente Jefferson Davis, deponga las armas, como lo han hecho otros generales surianos; pero no es improbable que la proximidad del territorio mexicano, lo estimule á venir á la orilla derecha del rio á buscar un refugio con su ejército desarmado en un territorio amigo.

"El derecho internacional autoriza perfectamente el asilo que se dé á un ejército vencido en estas condiciones. Despues de desarmar préviamente al ejército del Sur, seria posible formar grupos coloniales entre Monterey y el Saltillo, en los terrenos que pertenecen al Estado en aquellos lugares, y aun en los del Sr. Sanchez Navarro; así se opondria una barrera á las agresiones de los filibusteros. Para esto seria preciso entenderse con el Sr. Sanchez Navarro."

El mariscal no se disimulaba los inconvenientes y el peligro de semejante medida: pero importaba crearse aliados americanos. Era preciso obrar enmedio de las insuperables dificultades que la apatía de los mexicanos no debía resol-

ver. Juzgaba el mariscal tan bien la situacion, y conocia tanto á los Estados-Unidos, y la necesidad de respetar las susceptibilidades del orgullo yankee respecto á la monarquía, que continuaba así:

"Designo esta eventualidad á V. M., á fin de que se digne dar con anticipacion las instrucciones que juzgue mas convenientes en vista de los acontecimientos.

"Me parece de una necesidad urgente, enviar un comisario imperial á Matamoros, y me permitiré hacer observar á V. M., que un comisario civil investido de poderes políticos, me parece mas apto para llenar una mision semejante, que un comisario militar, puesto que el general Mejía ha adquirido ya cierta influencia bajo este aspecto.

"El espíritu irritable de los yankees, podia crear nuevos y serios embarazos al saber que se daba asilo al ejército del general Slaughter.

"No admito la posibilidad de que las últimas fuerzas del Sur hiciesen una resistencia desesperada en Tejas. El resultado no podia ser dudoso ni tardío.

"Sin embargo, como es preciso preveerlo todo, esta eventualidad seria la mas peligrosa para la frontera del Norte de México. Los ejércitos americanos, invadiendo á Tejas, traerian á las puertas del imperio unos vecinos temibles, y mas que nunca seria indispensable tener en Matamoros un agente, con cuya adhesion pudiese V. M. contar."

El general en gefe terminaba asegurando que estaba cierto de afrontar los acontecimientos, pero suplicaba al emperador que no descuidase medida alguna saludable para el porvenir. Porque aunque entonces el ejército francés era dueño de las posiciones, el ejército mexicano estaba llamado á reemplazarlo en lo sucesivo. El mariscal preveia tambien las defecciones de los imperialistas, terminando así:

"No hay tiempo que perder para que V. M. se ponga perfectamente y por todas partes al abrigo de las eventual-

lidades, y me atrevo á suplicar á V. M., escuse mi insistencia, atendiendo á los motivos que la dictan.

BAZAINE."

Los futuros emigrantes pidieron ser recibidos como ciudadanos, aceptando todas las cargas legales: se comprometían á desbandarse luego que entrasen al territorio mexicano, y solo mas tarde se les devolverían sus armas, para defender sus hogares de las incursiones de los indios libres. Su agente secreto, á quien no queremos nombrar por temor de comprometerlo, habia ido á México, y segun la decision imperial, debia tratar su entrada al imperio ó su rendicion á los Estados-Unidos. El gabinete de México propuso una medida incompleta: se habló de considerar desde luego á los 25,000 confederados como prisioneros. El descontento de los partidarios fué profundo, y repentinamente se interrumpieron las negociaciones, al saberse la prision de Jefferson Davis. Nada habia, pues, ya que esperar de los Estados del Norte triunfantes, y por esta vez tambien se desvanecia otra probabilidad de un buen éxito.

A cualquier lado que se inclinase la victoria decisiva en los Estados-Unidos, no ignoraba Maximiliano que era peligroso para su política no atraerse sin demora ese cuerpo de ejército confederado, porque tenia noticia de que, en los primeros dias del mes de Febrero, habia tenido lugar en Hampton-Roads, sobre la ribera del James, una conferencia entre los plenipotenciarios rebeldes y el presidente Lincoln. En esta entrevista, que se anunció muy cordial, Stephens, á nombre del presidente Jefferson Davis, ya en acecho, habia reclamado el reconocimiento temporal de una federacion del Sur, esperando el momento favorable para la reconstruccion de la Union. En esta espera, el Sur, unido al Norte, se comprometia á hacer triunfar la doctrina Monroe, librando á México de la ocupacion francesa, y arrancando el Canadá

de la dominacion de la Inglaterra. De suerte, que los confederados pretendian vengarse de la ruina de las esperanzas que desde el principio de la lucha les habia hecho concebir el gabinete de las Tullerías, que los habia abandonado despues de haberlos reconocido con el carácter de beligerantes. Tenia, pues, la dinastía mexicana, un interés poderoso en neutralizar ese cambio hostil, ligándose prontamente con los soldados de Slaughter.

Este jaque fué sensible á nuestro cuartel general, que se felicitaba de la venida de un refuerzo tan considerable y tan necesario para la pacificacion tan comprometida. Pero todo peligraba entónces en manos de los mexicanos. El mariscal no vaciló entretanto en indicar francamente al emperador la necesidad que habia de crear comandancias superiores, que debian confiarse al principio á generales franceses, ilustrándolo por escrito sobre la gravedad de la situacion. Le suplicaba que no descuidase precaucion alguna. Ya habiamos establecido una línea telegráfica de Veraacruz á México. Era tambien urgente poner en comunicacion el Norte con la capital por un telégrafo que llegase siquiera á San Luis, y para no retardar su ejecucion, los oficiales y los soldados franceses quedaron encargados de construirlo en su tránsito. Apesar de la distancia, esta línea no tardó en funcionar desde el momento en que llegaron los aparatos y el alambre.

Apesar de los reveses y de sensibles defecciones, apesar de las discordias que habia en el ejército austro-belga, discordias indispensables al estar en contacto tantos elementos militares heterogéneos, apesar de las intrigas de palacio, la concordia reinaba en aquella época de una manera absoluta entre las magestades mexicanas y el mariscal. El mismo Maximiliano, que tributaba un homenaje á la lealtad y al poderoso concurso que le prestaba, comprendiendo que solo el general en gefe podia darle la fuerza necesaria para fun-

dar y organizar el poder, no habia contribuido poco á la union del mariscal con una familia del país, de origen español, poderosa, mas bien por sus relaciones que por su fortuna, hoy comprometida. En efecto, la familia Peña habia dado á la magistratura y al ejército generales y abogados distinguidos. En 1833, el tio de la futura mariscala, el general Pedraza, habia sido elevado á la dignidad de presidente de la República, y su misma tia habia sido escogida como dama de honor de la emperatriz Iturbide.

A ejemplo del sultan que habia recompensado generosamente al duque de Malakoff despues de la toma de Sebastopol, la familia imperial con motivo del casamiento de Bazaine, constituyó una rica dote á la mariscala, queriendo manifestar así altamente sus sentimientos de gratitud hácia el ejército francés honrándolo en la persona de su general en jefe. La carta imperial depositada en los archivos de México y adjunta á la escritura de donacion, estaba concebida en estos términos: *

“ México, 26 de Junio de 1865.

“ Mi querido mariscal Bazaine.

“ Deseando daros una prueba de amistad personal al mismo tiempo que de reconocimiento por los servicios que habeis prestado á nuestra patria, y aprovechando la ocasion de vuestro matrimonio, damos á la mariscala de Bazaine el palacio de Buena-Vista, comprendiendo el jardin y el mobiliario, á reserva de que el día de vuestra vuelta á Europa, ó de que si por cualquier otro motivo no quereis con-

* Esta finca, ocupada hoy por el gobierno republicano, no tiene valor alguno para la mariscala; habiendo ofrecido generosamente el emperador Maximiliano reembolsar los 500,000 francos que valia de su caja particular, en los momentos de la evacuacion, el mariscal, naturalmente, no aceptó la oferta, como habia rehusado el título de duque de México y ricas propiedades situadas en Zongolica que le ofrecia la municipalidad imperial por conducto del Sr. Lacunza como presidente del Consejo.—(N. del A.)

servar la posesion del citado palacio, volverá al dominio de la nacion, obligándose el gobierno en semejante caso, á dar á la mariscala Bazaine, como dote, la suma de cien mil pesos.”

“ Vuestro muy adicto

MAXIMILIANO.

CASTILLO—ALMONTE.”

Se sabe que algunas semanas despues de su entrada solemne á México, Maximiliano habia dirigido á su ministro Velazquez de Leon un notable programa financiero y administrativo, abrazando los diversos ramos de ambos servicios. Este manifiesto contenia en gérmen todas las intenciones del soberano, quien traia sin duda á México un sentimiento muy elevado de su mision reparadora. Los impuestos, las aduanas, los empréstitos, los caminos de fierro, las líneas telegráficas, las mejoras materiales, el servicio postal, la unidad en los pesos y medidas, el registro de los fondos públicos, todo estaba discutido con muy buen sentido, y se ordenaba la ereccion de las comisiones necesarias para estas obras. En cuanto á la colonizacion, hé aquí en qué términos se espresaba la voluntad imperial: “ Despues de haber adoptado una base para los impuestos ordinarios, la comision se ocupará de la venta de los terrenos valdíos. No puede determinarse la estension y el valor de estos terrenos por falta de datos. *En esta situacion no es posible emprender y favorecer la colonizacion del país con familias industriales.* La comision nos someterá el reglamento y el plan mas á propósito para reunir los elementos de una buena estadística.”

Al trazar estas instrucciones olvidaba Maximiliano que bajo su cetro se reunian seis millones casi de indios, raza sóbria, industriosa y amiga del trabajo, que antes de ser reducida á la esclavitud por la aristocracia conquistadora,

y explotada por el clero mexicano, casi admiraban á Cortés con su civilizacion tan espléndida como la corte de Moctezuma. ¿El vencedor español no enviaba á Carlos V un navío cargado con las producciones mas curiosas del arte mexicano que habia escapado del pillaje de sus soldados? “Las pinturas en pluma, las joyas cinceladas de plata y oro, escribia Cortés á su soberano, son maravillosas.” Es cierto que aquellos sencillos pueblos despreciaban aún los metales como moneda, puesto que en sus cambios empleaban los granos de cacao. El aserto de Robertson describiendo el descubrimiento de América, segun los manuscritos de Cortés y de Herrera, es muy elocuente: “Los progresos de los súbditos de Moctezuma en la civilizacion, se manifiestan no solo en todos los puntos esenciales á una sociedad bien organizada, sino aun en diversos objetos de policia interior, que se pueden mirar como de menor importancia. El establecimiento de correos públicos, (correos á pié, puesto que los caballos eran allí desconocidos) colocados de distancia en distancia para hacer pasar las noticias de una parte del imperio á otra, era una invencion ingeniosa de policia, que en aquella época no poseia ningun Estado de Europa. La situacion de la capital sobre un lago, y los diques tan prolongados que servian de calzadas á sus diferentes cuarteles, habian exigido una destreza y un trabajo, que no pueden encontrarse sino en un pueblo civilizado. Se puede hacer la misma reflexion sobre los acueductos compuestos de arcilla mezclada con argamasa, y por los que habian hecho venir el agua dulce, desde una considerable distancia. A lo largo de las calzadas, habia tubos del grueso de un buey. Cierta número de hombres, empleados con mucha regularidad en limpiar las calles, iluminarlas con fogatas encendidas en diferentes lugares, y en vigilar durante la noche, mostraban aún, que se atendia por la seguridad pública, lo cual las naciones cultas han procurado muy tarde.”

Creemos que México ganaria acaso en volver á su edad de fierro. Sea lo que fuere, los descendientes de esos bárbaros no merecian una suerte mejor, que la que los ata al surco y los condena al servicio de bestias de carga? Ellos fueron los que formaron un brillante cortejo al emperador Maximiliano y á la emperatriz Carlota en su tránsito de Orizaba á México; habian exhumado sus viejos adornos, restos de un esplendor desvanecido, para honrar al descendiente de Carlos V. Maximiliano, que podia reparar el crimen de su real abuelo, cometió la falta, al despedirlos de su capital, de no declarar libres á los vencidos en el siglo XVI. Esto hubiera sido inaugurar régicamente su imperio.

Hasta fines de Setiembre de 1865 fué cuando arrepintiéndose, aunque muy tarde ya, espidió un decreto emancipando á los indios *peones*, á la vez que estinguendo sus deudas pasadas, deudas frecuentemente usurarias é infame, que imponian la servidumbre al niño desde el seno de la madre. Esta medida liberal y humanitaria honrará siempre á Maximiliano: ella debió bastar para desarmar á sus jueces en Querétaro! Desgraciadamente era incompleta: era apenas un término medio salido de la situacion que se habia creado el soberano, deseoso de contentar dos partidos extremos. Los *peones* no se convertian en propietarios del suelo por ese decreto de emancipacion. Y sin embargo, en qué manos mejores que en la de los *peones* libertos podia poner el Estado esos terrenos baldíos de que hablaba el manifiesto imperial al ministro Velazquez, cuando S. M. sentia que “por falta de la evaluacion de esos terrenos no se pudiesen entregar á familias industriosas”? La comision mexicana instituida inútilmente hacia un año, no habia podido preveer sin duda la necesidad de no emancipar toda una raza de trabajadores sin darle al mismo tiempo las tierras y los elementos de trabajo. El gobierno mexicano, como habia perdido ya 25.000 soldados, labradores y artesanos del confederado

Slaughter, perdía también millones de colonos vigorosos que poseían en alto grado el espíritu de familia y de matrimonio, obligados desde ántes á pedir á la casualidad el pan de cada día, si los propietarios de las haciendas no los llaman para emplearlos en sus labores. Al momento los *hacendados*, privados por ese decreto de sus créditos y de los brazos de sus peones, se descontentaron y rehusaron emplear los servicios de los indios que querían aprovecharse de su libertad legal. Así fué como renació de una manera fatal el orden antiguo de la servidumbre para el peon, quien por temor de ver perecer de hambre á su familia, volvía á tomar su cadena.

Por otra parte, el clero se había convertido en enemigo personal de la corona; tenía, pues, que favorecer el descontento de los *hacendados*, celoso como estaba por recobrar su acción desastrosa sobre los peones, cuya emancipación debía destruir su fanatismo y sus ofrendas. El partido clerical no trataba, por otra parte, de ocultar la existencia de sus sentimientos hostiles, que no habían hecho más que crecer desde la coronación de Maximiliano, arrastrado hácia el partido liberal. Hé aquí la expresión sincera de ellos, que estalla en una carta del arzobispo de México, Labastida. Este documento histórico, nos parece muy instructivo para no consignarlo aquí, en descargo de Maximiliano, cuyas intenciones eran calumniadas ya, cuatro meses después de que se le había ofrecido el cetro en Miramar.

Un escrito clandestino, en el cual se calificaba á los *generales regentes de la intervención, de ser los enemigos más declarados de la religión y del orden*, había sido repartido en México y recojido por la policía. Haciéndolo constar, con justicia, que nuestro ejército había tratado á los prelados con respeto y veneración; el comandante militar de la plaza había denunciado estos manejos al arzobispo, el cual contestó lo siguiente:

Monseñor Labastida, al señor general baron Neigre.

“.....Es un hecho comprobado que todos hemos protestado contra *esos dos individuos * que tienen la pretension de creer que forman un gobierno*, declarando categóricamente, que la Iglesia, en la plenitud de sus inmunidades y de sus derechos, sufre hoy los mismos ataques que tuvo que soportar durante el gobierno de Juárez; que nunca se ha visto perseguida con más encarnizamiento.

PELAGIO ANTONIO,
Arzobispo de México.”

Esta violencia en el lenguaje, era de mal agüero para el porvenir. ¿Batido así en brecha en los grandes centros, lo mismo que en las *haciendas*, podía esperar el jefe del Estado que se calmasen las pasiones? Las ideas más fecundas contenidas en el programa imperial, abortaban por falta de instrumentos capaces de desarrollarlas con probidad y convicción, y esto, apesar del concurso incesante de los funcionarios franceses, á los que, por otra parte, la corte de México se complacía en hacer plena justicia.

Recuérdese que el cuartel general había señalado ya con firmeza, en Noviembre de 1864, la incuria del ministro de Hacienda, relativo al personal financiero llamado de Europa para ayudar al gobierno mexicano. Al fin de Julio de 1865, una nueva nota muy exigente, presentada á S. M., atestiguaba que la *Hacienda* pública no había reconocido en los agentes franceses, sino facultades irrisorias que no les permitían ejercer ninguna vigilancia útil, tanto en la entrada de los productos del Estado, como en su empleo en las administraciones locales, oponiendo estas la misma resistencia á la intervención estraña, que la que aguardaba en la ca-

* Almonte y Salas que componían la regencia, de la cual el general Bazaine se había visto obligado, antes de la llegada del emperador, á eliminar al arzobispo por sus intrigas y su hostilidad sistemática.—(N. del A.)

pital al sucesor de M. Corta, M. Langlais. Como se sabe, este consejero de Estado habia sido enviado de Francia á instancias de Maximiliano, para limpiar las caballerizas de Aujias, adonde las aduanas y los impuestos eran pillados por los primeros servidores de la corona. Por todas partes sucedia lo mismo en los ramos de la administracion mexicana.

No habia contribuido poco otro pretexto de turbacion á retardar los resultados de la obra del cuerpo expedicionario, el cual rivalizaba en actividad, sin contar sus pérdidas ni sus fatigas, y sin desalentarse por los obstáculos de todo género que encontraba á su paso. No se reorganiza una nacionalidad sino por un trabajo rudo y mil sacrificios locales. La division territorial, que habia sido preciso hacer para la nueva ereccion de grandes comandancias militares, habia atacado vivamente el espíritu de rutina de los propietarios de fincas rústicas, y sobre todo los hábitos del partido clerical, cuyos centros de accion cambiaba. Una parte de los hacendados descontentos, sin atreverse á proceder aún de una manera abierta contra el imperio, ayudaba á la rebelion, daba hospitalidad y dinero á las *guerrillas*, y dándoles remonta para su caballería, guardaba los caballos heridos ó cansados de los partidarios ó bandidos, que reclamaban sus monturas desde que estaban útiles para servir.

En el curso del año de 1865, la marina y el ejército francés habian hecho un esfuerzo tan vigoroso, desde el golfo hasta el Pacífico, que menos de 29,000 hombres habian visitado y guarnecido todos los puertos y todas las capitales de los Estados de aquel inmenso imperio, escepto las de Guerrero y Chiapas. En aquella época demostramos, en una revista francesa, * que esa difusion militar era una grave imprudencia, y debia crear peligros para el porvenir. Valia

* "Revista de Ambos Mundos" de 15 de Setiembre de 1865: el imperio de México y probabilidades de su porvenir.—(N. del A.)

mas estender progresivamente, y segun los recursos con que se contaba, una dominacion pacífica, halagando todos los intereses, y ampliando poco á poco un círculo sólidamente armado, que querer cubrir rápidamente vastas soledades en las cuales habia dispersos algunos pequeños centros: porque se podia preveer fácilmente que, no muy tarde, seria necesario abandonarlo todo, viniendo por consiguiente los horrores de la guerra que acompañan siempre á una retirada. Sin embargo, nuestras columnas, atravesando inmensas praderas, habian invadido la capital de Chihuahua, último refugio del presidente de la República: en el imperio circuló entonces la noticia oficial de que Juarez habia abandonado el suelo mexicano. El fugitivo de Chihuahua se habia refugiado en *Paso del Norte*, pequeño pueblo cuyas casas están alineadas á lo largo de la orilla del *Rio Grande*. A cien metros del otro lado del rio, se llega á los Estados- Unidos. Fácilmente se comprenderá que, en semejante posicion, el presidente Juarez, cuya captura, por otra parte, en nada habria modificado el carácter de la resistencia de los liberales, estaba enteramente al abrigo de nuestras tropas. Apenas se anunciaba la aparicion de un soldado, cuando Juarez atravesaba el rio, para repararlo cuando habia desaparecido el peligro. Así fué como, durante diez y ocho meses, ha vivido Juarez sobre el Rio Grande, de acuerdo con el gabinete de Washington. Para estorbarle que volviera á pisar el territorio, se podia vigilar toda la ribera del rio que desde este punto descendiendo hasta el golfo?

Entónces fué cuando apareció el famoso decreto de 3 de Octubre de 1865, que ha costado tantas lágrimas. Es de muy alta importancia señalar su verdadero origen y hasta donde habia de llegar su aplicacion. Pero digamos desde luego que sorprende dolorosamente ver que los ministros que autorizaron con su firma este decreto, y que despues abandonaron á Maximiliano, refugiándose en Francia y en

Paris, no hayan levantado aún su voz en favor de la defensa ó de la memoria del soberano que habia firmado y concebido ese funesto *bando*: porque ellos recojieron la verdad en pleno consejo, y de los mismos lábios imperiales.

La satisfaccion fué grande en palacio, desde que llegó la noticia á México de que Juárez habia atravesado la frontera en *Paso del Norte*. Entonces el ejército franco-mexicano ocupaba todas las posiciones fuertes. La desaparicion del gefe republicano hacia esperar que disminuirian las hostilidades del partido liberal, casi destruido y privado de direccion. Maximiliano, que se creia de buena fé el elegido de un pueblo cansado de convulsiones y de desórdenes, y que llevaba con altivez su papel de salvador, se persuadió fácilmente de que los juaristas estaban derrotados, y que honrando al partido vencido, iba á dar un golpe decisivo á la resistencia, que solo la harian en lo sucesivo las gavillas de bandidos: entonces anunció á su consejo el proyecto de ofrecer á Juárez la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y su deseo sincero de atraer en torno suyo á todas las ilustraciones del país.

Como medio de iniciar las negociaciones, redactó el decreto de 3 de Octubre. En efecto, en la introduccion de este decreto, estableció que la causa republicana habia perdido su último sostén, y sus considerandos eran un homenaje tributado al carácter de Juárez. En cuanto al decreto mismo, ciertamente no se dirigia, segun la intencion del emperador, sino contra aquellos cuya táctica era abrigar sus latrocinios bajo una pretendida bandera republicana. Este funesto decreto, cuya minuta original puede consultarse, estaba escrito por el mismo Maximiliano, aunque tenia á su lado un secretario. Todos sus ministros que aprobaron la idea, pusieron al calce de él sus firmas. Solo el mariscal no lo firmó. Antes de darle un carácter oficial, Maximiliano creyó que debia consultarlo con el mariscal. Del cuartel general

se le contestó que lo que se notaba desde luego era que los considerandos del decreto, siendo tan satisfactorios para el presidente, á quien se combatia como enemigo de la Francia, parecerian dirigidos contra la intervencion; y que, por otra parte, además de esta mala interpretacion, era inútil ese acto, puesto que las cortes marciales funcionaban, teniendo por garantía la conciencia de los oficiales franceses: que además, era impolítico ese decreto, porque hacia que fácilmente mexicanos fuesen jueces de mexicanos, y que todo lo odioso de esta medida redundaria en contra del soberano, cuya facultad mas bella era la de hacer gracia. El emperador, al ver la entera aprobacion de sus cinco ministros, y persistiendo en su primera idea de atraerse á Juárez con esta pública declaracion emanada del trono, se desatendió de estas observaciones. A última hora, el general en gefe, que era quien debia ejecutar ese decreto, porque tal era su deber como gefe de ambos ejércitos, pidió y obtuvo que se agregase un artículo adicional, en el cual se multaba á los hacendados convictos de haber ocultado las armas y los caballos de los rebeldes.

Ese decreto del 3 de Octubre que debia encender de nuevo la guerra civil, satisfaciendo ódios particulares, fué el suicidio de la monarquía, arrastrada por ilusiones caballerescas y por las tradiciones de los países civilizados. Juárez, que no habia abdicado sus derechos, debia sin duda rechazar toda oferta de conciliacion, y el ostracismo lanzado contra los *republicanos puestos fuera de la ley*, hizo esplosion en los Estados-Unidos, adonde levantó ódios contra un príncipe y una princesa que sin embargo llevaban la generosidad hasta el exceso. Porque, muchas veces, en sus arranques de sensibilidad, la familia imperial, cuya buena fé se sorprendia tan fácilmente, habian, sin razon, enervado la justicia de nuestras cortes marciales. Tal es la historia de ese episodio que no puede ser una mancha para la noble víctima de Querétaro.

Se había presentado un momento, al nacer el imperio, en que una parte de la población, tanto por cansancio del desorden, como por espontánea simpatía hacia los nuevos soberanos, se había preparado para intentar seriamente un ensayo de monarquía. Esa hora preciosa se había desvanecido sin que la corona, por falta de iniciativa, hubiese sabido aprovecharse de ella: y la carta siguiente de la emperatriz Carlota, princesa de una alta inteligencia y de un gran corazón, que se mezclaba de una manera muy activa en la dirección de los negocios militares y políticos, indica muy claramente el poco caso que se hacía del elemento indígena, lo mismo que el proyecto firme de la corona, de no dejar arruinar el tesoro mexicano, en la convicción de que los fondos franceses bastarían á todo. Esta carta prueba también que las intrigas de palacio, hostiles á los oficiales franceses, se agitaban al rededor del trono desde el principio de la monarquía.

“México, 16 de Setiembre de 1864.

“General: Se me pide mi opinion respecto á la carta adjunta; pero como se trata de generales, quiero ante todo conocer la vuestra. Por mi parte, creo que es solo una intriga que prueba lo contrario de lo que se quiere demostrar.

“Dignaos siempre informarme y devolverme la carta, despues de leerla, porque Velazquez quiere que le dé una contestacion mañana.

“Velazquez pasará ademas á vuestro alojamiento para tratar diferentes cuestiones de que nos hemos ocupado en el Consejo. La mas importante es la pacificacion de la Sierra. El prefecto de Tulancingo tiene algunas ideas sobre esto, que no son malas. Me parece que enviando algunos destacamentos que permanezcan en algunas localidades, y otros que

espedicionen por el país, se obtendrán buenos resultados. Solamente os suplicaría que en este caso me diéreis aviso, á fin de que las autoridades civiles tomen medidas, de acuerdo con las vuestras, para secundar la empresa.

“Si fuere posible conocer con anticipacion algunos movimientos, conservando siempre el mayor secreto posible, creo daria buen éxito, y que en el tránsito de las tropas se podia ir dando alguna organizacion á aquellos pueblos.

“En cuanto á los indios que quieren defenderse de los *plateados*, me direis si creéis que seria bueno darles armas. Esto comienza á ser muy frecuente, y en cuanto á dinero, el gobierno ha resuelto no darlo á nadie.

“Creed, general, en mis sinceros sentimientos.

CARLOTA.”

“Espero que sabeis lo que concierne al ejército para el día 16, así como también que desfilará la columna cuando haya yo vuelto á palacio, y ántes de recibir á las autoridades. No me habeis enviado nota el domingo.”

En dos meses la reorganizacion del ejército mexicano, tan laboriosamente consumada por el comandante francés, habia sido destruida por el mismo gobierno. En cuanto á la dirección política y departamental era deplorable. La lentitud de los ministros entendiéndose hasta en las cuestiones personales y en la espedicion de las órdenes, habian dejado caer en la apatía los centros mejor dispuestos. No se sabia adonde escoger hombres capaces de inspirar confianza. Faltaba el estímulo y no se despertaba el patriotismo. Nadie pensaba en salvar la cosa pública entre los imperialistas, apesar de los ejemplos dados por la familia imperial de abnegacion personal. Por todas partes adonde se multiplicaban los franceses venian á estrellarse contra las autoridades desfavorablemente prevenidas ó faltándoles instrucciones. En una palabra, todo el trabajo incumbia á

nuestros oficiales, los cuales, por interés del país, se veían arrastrados poco á poco á afrontar todas las eventualidades. Disgustados también de ver á los funcionarios dormirse en una vergonzosa incuria, desacreditar y desalentar públicamente á aquellos de sus compatriotas que se adherían al imperio como á una tabla de salvación, acabaron por ocuparse de las pequeñeces administrativas de las localidades adonde ejercían su acción militar: se temía que todo fuera arrastrado por la ola de la insurrección, que tomando su fuente en la frontera americana corría ya del Norte al Sur.

No podrá arrojarse sobre Maximiliano la responsabilidad de todas las debilidades que debían ahogar á la monarquía: es que faltaba ya el dinero, ese nervio de la guerra. ¿El gobierno francés no era realmente culpable, puesto que había querido, á costa de grandes sacrificios rechazados por la opinión pública, fundar una dinastía estable en México? ¿no era culpable por haber puesto en las manos de su aliado solo 40 millones provenientes de dos enormes préstamos, préstamos por los cuales había, gracias á sus receptores generales, obtenido la realización de 500 millones prestados por imprudentes suscritores alucinados ó engañados? No era esto dar á luz, á sabiendas, un reino muerto al nacer? Nuestro ministro de relaciones exteriores estaba bien informado por las noticias militares enviadas por el cuartel general, y no podía por tanto hacerse ilusiones en París acerca de la verdadera situación de México. Sin embargo, con una política llena de inconsecuencia, el gabinete de las Tullerías dejaba desde el principio que se desplomara su obra rehusando los recursos indispensables. A fines de 1865 el tesoro mexicano estaba agotándose, y la mala gestión financiera causaba un aumento en el déficit que, por otra parte, no podía cubrirse jamás ni con la vigilancia más severa: porque los ingresos, aun cuando se hubiesen recaudado con regularidad, no pasaban de 90 millones de francos, mientras que

los egresos, sin comprender las amortizaciones, devoraban 150 millones por lo menos. Sin embargo, jamás había sido más imperiosa la necesidad de dinero.

Ya no podían sostenerse por más tiempo algunas posiciones militares de la costa del Pacífico. El clima de Acapulco, entre otros, había ejercido una acción tan mortífera sobre los franceses que defendían este puerto, que el comandante d'Assas creyó deber proponer la formación de un batallón que debía reclutarse en la costa de Tehuantepec entre los indígenas habituados á aquel cielo de fuego. Mas lejos, Parras reclamaba con razón el envío de refuerzos; porque este centro industrial había dado un ejemplo muy raro de energía y de sacrificios, que si se hubiese imitado, habría salvado al imperio. Los habitantes de esta ciudad se habían impuesto voluntariamente un subsidio de 18.000 pesos casi, para levantar una fuerza de 400 hombres, y esto á instigación de un prefecto enérgico. En aquellos momentos se encontraban sin recursos, y sus soldados se desbandaban, dejándolos espuestos á las represalias de los liberales. El ministro de la guerra, mal informado, negaba la autenticidad de estas noticias alarmantes que habían llegado al conocimiento del emperador. Fué preciso sin embargo rendirse á la evidencia, cuando llegaron á México los gritos de angustia salidos de aquel rincón del territorio.

El mariscal, comprendiendo la necesidad de resguardar aquellas ciudades del Pacífico, centros importantes tanto bajo el punto de vista estratégico como bajo el aduanal, dió la orden á nuestra marina, cuya abnegación se había puesto á una prueba bien cruel en aquellos peligrosos parages, de que abasteciese el Manzanillo, de tal suerte que nuestros buques de guerra pudiesen aprovechar sus viajes por la costa del Manzanillo á Acapulco, á fin de llevar á la guarnición víveres, carne y medicinas. En cuanto á Parras, deseoso de aliviar á la población, el cuartel general hizo levantar allí

cuatro compañías francas, y consintió en que el tesoro francés les asegurase su sueldo á título de anticipo. Nunca se perdía la ocasion de ayudar á las poblaciones decididas á favor del imperio: sin embargo, esto tenia un justo límite que nuestro comandante militar no podia traspasar. Porque junto á los deseos de la familia imperial estaba su deber de francés, al que no podia traicionar, y que lo obligaba á atender á la seguridad de sus propios soldados. Además, el artículo 2º del tratado de Miramar, que Maximiliano habia firmado con pleno conocimiento de causa, estipulaba que, “desde que tomara el emperador de México posesion del trono, el cuerpo espedicionario quedaria disminuido en su efectivo á 25.000 hombres, inclusa la legion extranjera.” Además, este efectivo se iria disminuyendo todavía conforme se fueran organizando tropas mexicanas.

Al contrario de lo que prevenia esta doble cláusula, el ejército francés pasó siempre de 28.000 hombres, á pesar de haber vuelto á Europa la brigada del general Lheriller. Además, esta brigada que apenas llegaba á 4.000 hombres, habia sido reemplazada por la legion austriaca, compuesta de 8.000 soldados: luego las fuerzas habian aumentado en lugar de disminuir. Pero el mariscal no podia con un efectivo, que duplicado cabria fácilmente en el terreno de Longchamps, ocupar convenientemente una superficie de casi 1.800 leguas, y abandonar pequeños destacamentos franceses á todos los accidentes de las defecciones y de las privaciones. Tal era, sin embargo, la pretension del emperador Maximiliano, cuyas tendencias á la difusion militar no cesaban de revelarse: ceder á sus deseos era olvidar la parte de responsabilidad que reportaria el cuartel general en caso de una derrota.

La ciudad de la Paz, capital de la Baja-California, está situada á quinientas cincuenta leguas casi de México, y las comunicaciones con ese punto lejano son escesivamente di-

ficiles. A pesar de todo, en 1865 habia sido visitada por la intervencion, que no se habia retirado sino despues de haber cooperado á la organizacion política y militar de aquel país. Esta ciudad se pronunció de nuevo á favor de los juaristas, despues de la partida de nuestras fuerzas. Al saber esta noticia, Maximiliano escribió al general en jefe las siguientes líneas:

México, 17 de Diciembre de 1865.

“Mariscal:

“Acabo de saber que una contra-revolucion ha estallado en la Paz, y que las autoridades imperiales han tenido que retirarse. Esta revolucion ha sido consumada por un centenar de hombres.

“Aunque la importancia política de la Baja-California sea poco considerable, esta revolucion producirá sobre la opinion pública, en los Estados-Unidos y en Europa un efecto fatal, dando ocasion de creer que, lejos de pacificarse el país, por el contrario, perdemos terreno.

“Deseo, pues, me hagais saber si no seria posible enviar á la Paz una compañía francesa, cuya presencia en aquel puerto bastaria para mantener el orden y conservar esa provincia al imperio.

“Vuestro adicto,

MAXIMILIANO.”

¿Seria en verdad posible dejar aislada una compañía á semejante distancia del centro de accion, cuando los franceses ocupaban ya en el Pacífico á Acapulco, Guaymas y Mazatlan, y en el Golfo á Matamoros, Tampico, Veracruz, Alvarado, Sisal y Campeche, puestos peligrosos y malsanos, adonde no residian tropas mexicanas? Es necesario reconocer que si los recursos financieros comenzaban á disminuir

en proporciones alarmantes, el ministro de la guerra no podía invocar como excusa de los movimientos de insurrección que se preludiaban, la penuria de los soldados capaces de oponerse á los disidentes: era porque habia dejado á los soldados en reposo ó no habia sabido emplearlos convenientemente. En cuanto á los puntos adonde brillaban las bayonetas francesas, la tranquilidad estaba asegurada. Una mirada rápida dirigida sobre el cuadro oficial y verídico de las fuerzas de que disponia el imperio en aquella época, ya crítica, escluyendo nuestro cuerpo espedicionario, bastará para convencerse de su suficiencia.

El 31 de Diciembre de 1865 el ejército mexicano contaba en sus filas, sin hablar de una considerable artillería bien municionada: en tropas nacionales, tanto permanentes como móviles y municipales, 35,650 hombres de infantería, caballería y artillería, con 11,073 caballos: de tropas extranjeras: belgas, 1,344; austriacos, 6,545 con 1,409 caballos: lo que hacia un total de 43,519 hombres, y 12,482 caballos.

Como se vé, un efectivo real tan considerable apoyado por los franceses, era capaz, si la dirección hubiera sido enérgica ó inteligente, de asegurar el imperio. Pero, para servirnos de las mismas espresiones del señor ministro de Estado, *Dios no lo queria*. La fuerza, por esta vez al menos, iba á sucumbir bajo una grande idea: el horror á la invasion.

VI

Hé aquí que entramos al período de los desastres que sucesivamente han agobiado al imperio mexicano. Creemos que ya puede formarse una cuenta exacta de las faltas que los han preparado. Las páginas que van á leerse, al seguir paso á paso los detalles de la larga agonía de un imperio, sorprenderán por la relacion de acontecimientos bruscos, compromisos hollados, cambios imprevistos y estraños, á travez de los cuales la política de las dos cortes, la francesa y la mexicana, iba á estrellarse contra las arrogantes amenazas de los Estados- Unidos.

El año de 1866 se inauguró bajo tristes auspicios. Desde los primeros días de Enero estallaron las defecciones por todas partes. El soplo de la desolacion habia pasado por aquel pueblo. Las bandas de los *guerrilleros* desolaban á Tamaulipas, Nuevo-Leon y Zacatecas, Estados limítrofes de la Union. A las puertas de la capital se insurreccionaba Pachuca, y Michoacan levantaba el estandarte de la rebelion. *¡Viva la intervencion del Norte!* tal era el grito de guerra de los insurrectos, que pedian el auxilio de la gran república para arrojar á los aliados á la mar. El título de aliados se daba lo mismo á los austriacos y á los belgas que á los franceses. Por otra parte, estos contingentes estran-